

POESÍA
NIVEL UNIVERSITARIO

INABARCABLES

Naufragios

la vida es una costa de naufragios
para nosotros que peregrinos somos

atesorando la orilla de las indecisiones
músculos cansados
las piernas cortadas
la imposibilidad de la palabra
la permanente búsqueda de lo inasible
la noche de silencio
la lluvia interna bajando a los oídos
los ojos sin oriente que ven
y finalmente encuentran

la vida en otra costa de naufragios.

Esteparia

que nadie despierte
a la loba herida
ella es la noche
está de muerte.

Letanía

todas mis ideas caben en un papel mojado
las preguntas que aun no he hecho
las que hice y no tuvieron respuesta
una incógnita de vacío
por tanta juventud perdida

de mañanas sin sol
de noches mudas
de tardes llenas de hastío
este frío adentro que en calor se manifiesta
esta inquietud por todo —y por nada—
esta ignorancia de mí misma que alguna vez
creyó saberlo todo
esta eterna letanía que me afronta y confronta
con lo que habrá de venir

con lo que más deseo y menos temo
tiempo tirano al que como naufraga me aferro
pidiendo solo un día más
—tan solo eso—

y este papel mojado donde lo escribo y me
escribo

simple manifiesto de palabras trilladas
y usadas antes por otros
por otros siempre

los que no tuvieron la respuesta antes que yo.

búsqueda/ encuentro/ hallazgo

a mi padre

el sentido de la no permanencia
el hielo de las horas
la noción sempiterna
la búsqueda

el conocimiento de uno mismo
el desarraigado de toda materia

la pérdida perfecta
el movimiento

el imposible dominio de los tiempos
la sangre derramada
en una tarde de abril o de septiembre
llegará a mí el éxtasis sublime
la misteriosa esencia
—la palabra—
que se reirá maldita

yo con mis muertos.

Almost blue

ya es la noche
han cosido el cadáver con hilo negro

han atado la sombra
no se puede el dolor

a dónde caminar cuando se pierde el puerto
cuando nada es mejor que andarse sola

y esta música lacerando las vísceras
mientras en la sala de autopsia
me recuesto junto a mi cadáver

cosido con hilo negro.

Nueva

quisiera encontrada perdonarme
los perdones de las culpas que no he hecho

liberada de mí misma

con el alma lo quisiera

encontrarme de una vez frente a los ojos
que se sepan de mí cada pregunta
que se sepan de mí cada respuesta

despojada simplemente

de la parte de mi vida que ya ha sido
y hoy no soy.

POEMAS DE ANOCHE

I. Piedras

Salpica piedras
esta accidentada ruta
y yo me encuentro aquí
en la vereda desierta
de una historia estéril.

Te percibo veloz, fugaz
esencialmente pasajero.
Te oigo pasar, te siento.
Duele tu andar triste,
tu paso ligero.
Raspa el pavimento
tu huella invisible
y aún así yo anhelo
ver la estela de tu alma
oler una vez más tu cuerpo,
derretir en tu aliento
el miedo helado
que resbala por mi piel
cuando me pierdo
en tu mirada
que busca ser Mirada,
espejo fiel y traicionero,
pulso sin tiempo.

Salpica, salpica
y no me he ido.
Piedras son ya mis manos
y aun así te espero aquí,
del otro lado.

II. Pelusas

Se desdobra el alma
Paralela, tangencial.
En esta noche luminosa
Brotó aquello que estaba seco
Pelusas en el fondo de un cajón.

La soledad no espera.
Mi lapicera dijo
Terminantemente no.
Dos hálitos ansiosos
Pulsión de sexo y dolor.
Arena que se escurre

Agua que corre
Espejo de agua
Polaroids.
Imagen detenida
Engañosa instantánea,
Esa no soy yo.

Se desdobra el alma,
Y se escurre y corre
Se detiene y pesa
El instante cede
Y ahora me veo y no.

III. Ruidos

Sé que la noche
desgrana ruidos
ruidos trasnochados
se entremezclan,
se disuelven,
se desarman.

Los adivino, los anhelo.
desglosar el silencio,
imaginarme plena
llena de sonido
Arduo trabajo
Intento

Intento
que suene el ruido
Y el silencio me invade
me tapa, me oscurece
me persigue incansable
y la noche corre
vacía
Yo sueño despierta
y atenta espero
que nazca el ruido.

IV Trasnoche

El misterio no llegó a colinarme,
necesito más vida esta noche
es la cándida evaluación de los recuerdos,
son los ecos borrosos de mi voz,
palabras pobres.
Somos el día,
estrategias cruzadas en el tiempo.

Tengo una ruta
para el tiempo claro
y un camino firme para la última hora,
cuando salgan de mí los sinsabores
que dejaste prendidos a tu olor.
No has venido a rescatarme
en esta encrucijada
y siempre se vuelve
al punto de partida.
Siempre partimos,
siempre perdemos
Somos el día,
irremediablemente,
siempre.

Sonia María Bello
Primera Mención

LIBERTO

«*Dying is a wild night and a new road.*»
Emily Dickinson

hilar fino
fino es hilar tenso de la soga
delgada línea quizás entre
el presente y el futuro
ni futuro ni presente
cuando se desgarra y se relaja
de los hombros las alas se descubren
se queman se despluman
y caen
como copos de nieve
bajo una eterna noche
o varias noches fugaces
sin estrellas:

Muertes

yo las conozco de lejos
no tan lejos a veces
estuve a un metro de ellas
y digo ellas porque son
más de una más de dos
de colores diversos
por lo general oscuros o

se oscurecen solos
piezas de un mismo rompecabezas son
sólo bestias vestidas de bestias
quizás liberan quizás encarcelan
no lo sé
sólo estuve a un metro de ellas:

Languidez

punto final.
ya no tenés sombra
y el invierno te arrincona
estás perdido
es como flotar en la oscuridad
no tengas miedo
ahora vos sos el miedo
no molestes por favor
podés si querés pero
mejor no
serías tan amable de alcanzarme
la linterna
hoy me toca guiar a dos más
siempre se caen antes
de tropezarse
si querés acompañame
te vas a aburrir mucho si no
buscando explicaciones:

manos blancas pies negros
sobre los demás
voz de chicharras
encienden y apagan
como brazas cuando el viento sopla
y cuando no también
me siento rehén pero a la vez
es tan cálido como si fuese
mi hogar
hostil
por las noches ya no es mi hogar
soy un extraño más como acá
solo que acá me reconocen
todos se conocen
como de toda una vida:

Boulevard

el camino se diluye
entre los pies mecanizados
van creando nuevas rutas
hacia el mismo horizonte
siempre un poco más lejos
que ayer
cuando florecían como salpullidos
las bestias de hoy
un poco más bestias
que ayer también
a paso redoblado
como mis pies convencidos
confundidos concernidos
contraídos
consumidos:

las palabras se ordenan
alguien las ordena
yo no

Arco iris

qué alivio este dolor
no se siente
las margaritas se secan
se hacen fuego
y dentro de ese fuego
veo una luz cálida
como un espejismo entre la desesperación
como pausa de esta desazón
me acerco me inclino me agacho
y suelto mis manos
la luz sola las va comiendo
de a poco
sigue con mi cuerpo
y termina con mi voz:

Ariel Tomás Izquierdo
Segunda Mención

CUENTO

NIVEL UNIVERSITARIO

EL MEJÍ

Al Maestro JLB

En alguna de las innumerables bibliotecas de la Cambridge University descansa abandonado un fragmento del *Breviario de la historia del Japón contemporáneo*, escrito en el año 1653 de la era cristiana. En aquel vetusto tercer tomo (jamás se ha tenido noticia alguna de los demás), recuerdo haber leído lo que aconteció con el viejo bushi Hayashi Monnyusai.

Su nombre llegó a adquirir cierta popularidad cuando le juró fidelidad al shogun Sansa Honinbo. Los consejeros reales pronto advirtieron que era el portador de una magistral técnica secreta oscurecida por los años, y en repetidas ocasiones compararon su destreza con la de los dioses. Con el tiempo, la fama de Monnyusai llegó a convertirse en un verdadero escollo para su empleador, que sabía que vincularse con los asesinos era motivo de deshonra, y lo invitó a retirarse a los montes del Shikoku.

Los días transcurrieron en paz y Monnyusai llegó a enamorarse del aire de montaña. Dividía su tiempo entre la cosecha, la remembranza de su difunta mujer y la educación de su pequeño hijo Kashio. En honor a las inmortales tradiciones le transmitió todo cuanto sabía de las deleznables artes del asesinato, bajo juramento de que no las utilizaría jamás.

Pasaron los años, y la célebre guerra por la Restauración arrastró al joven Kashio a las calles de la ciudad. Colmado de los ideales inmortales de la juventud, se alistó en las filas de los partidarios por la República Igualitaria, al mando del otrora shogun y ahora comandante Tokugawa Ieyasu. El padre, que sabía cuán imposible de 'orcer es el cauce de un río, lo dejó ir y comenzó a olvidarlo.

A veces el destino encuentra la forma de ser exac-

to, preciso e inesperado. Muchos meses después de que Monnyusai hubiera visto el rostro de su hijo por última vez, un mensajero del shogun Sansa tocó a su puerta, recordándole juramentos antiguos e instándolo por orden directa del poder real a decapitar al misterioso asesino que ya se había hecho de las cabezas de una parte importante del consejo de sabios y ricos que apoyaban al decrepito mandatario. Una punzada en el pecho supo indicarle que aquel bushi implacable no podía ser otro que su hijo. Obligado como estaba por el honor que toda persona tiene por el sólo hecho de habitar la tierra se calzó sus ropas negras y, con el rostro cubierto, se lanzó a su búsqueda.

La historia ha perdido los detalles de cómo fue que los dos guerreros dieron el uno con el otro, y el cronista no ha sabido retener siquiera el lugar de aquel encuentro, que seguramente ha sido en una callejuela oscura, húmeda, abovedada por los árboles y suavemente decorada de flores de almendro.

Entre los rostros encapuchados no medió la sorpresa. Ambos se batieron en lo que seguramente fue una gala única de movimientos hermosos y letales. No sabemos quién dio el primer golpe, pero consta que ambos guerreros cayeron muertos el uno sobre el otro, con la simetría perfecta de una partida de go. Acaso el monje poeta hablaba de ellos cuando escribió:

*Cintas de sangre
sobre el padre y el hijo
besan los vientres.*

Me gusta pensar que cuando ambos guerreros se encontraron no los unió deber ni diferencia alguna. Marco Junio Bruto nos ha enseñado que siempre es mejor morir a manos de un conocido. Tal vez haya sido un último intento de conferirle honor a una vida sustentada en la sangre ajena, y de demostrar que la muerte puede ser

un arte, si el artista sabe comprometer su vida misma con el fluir de las piezas, con la melodía del instante.

Hernán Anlló
Primer Premio

LA MIRADA DEL OBELISCO

Estaba sentado frente a la plazoleta vacía mirando el Obelisco como si esperara algo. No veía la gente que cruzaba la avenida. Ellos tampoco lo veían. Eran ausentes como él. Personas solas cruzando la 9 de Julio un martes a las tres de la mañana.

Entonces la vio y la miró sin motivos, con la mente en blanco, pero la miró. Ella no lo había visto y él podía observarla sin reparos. Tenía un rostro de esos que cuesta recordar. Estaba sola, sentada en el pasto mirando el Obelisco. Se acercó. Se miraron y se reconocieron. Ella encontró en sus ojos las ausencias que sabía tan transparentes en su propia mirada. No se presentaron pero comenzaron a hablar. No se contaron sus soledades, ni las frustraciones, ni las angustias, ni el abandono. Hablaron de la ciudad que no se detenía ante ellos. La ciudad que aprieta y ahorca y abraza y penetra más allá de todo. Y miraron juntos el Obelisco, su estúpida soberbia erecta, su pobre egocentrismo, su falsa postura de testigo eterno, pero, a pesar de todo cargado de poesía. El Obelisco inventado y el que estaba allí, en el centro de la República, como mirándolos, como esperando algo.

La trasnoche los fue acercando y también, el frío. No tenían nada que contarse. Se abrazaron y dejaron de hablar. Acaso creían en el destino o quizás sabían que ese instante era inevitable. Tal vez por eso no se habían encontrado antes.

Algún porteño madrugador los encontró abrazados y misteriosamente tibios cuando aclaraba el día y despertaba Buenos Aires que nunca duerme y había dormido, y los primeros rayos del sol iluminaban el Obelisco.

Sonia María Bello
Primera Mención

LA OSCURIDAD DEL DESCAMPADO

Desperté en medio de la noche. Esa frase en realidad es de uso demasiado frecuente para ser tomada en serio, pero tampoco es como para tomársela a la ligera. La lógica indicaría que el despertar en medio de la noche inmediatamente implica algo fuera de lo común, por así llamarlo, y, de hecho, así fue. Fuera de lo común. Una extrañeza propia de dormir en un lugar en el que uno no está acostumbrado a descansar la espalda. En realidad el problema no era el colchón desplegado desproporcionadamente en el medio de la habitación, sino más bien la incertidumbre de yacer en el vacío, en medio de las cuatro paredes sin tocar ninguna de ellas. Acostumbrada a dormir siempre con la seguridad de una pared paralela a la cama, me había costado quedarme dormida desde un principio. Los eventos del día no rondaban en mi cabeza tanto como lo ocurrido el fin de semana pasado, el mes pasado, el verano pasado... y finalmente quedé dormida en una de esas espesas somnolencias que acuden a lo onírico de forma casi obligada.

Es inexplicable aquella sensación de estar al límite entre despierto y dormido. Nadie jamás pudo hacerlo de manera que yo encontrara gratificante, y por lo tanto siempre disfruté de explorar aquel mundo extraño en el cual se flota y se hunde al mismo tiempo, dejando fluir los pensamientos que, durante el día, la cabeza puede muy eficientemente inhibir. Había intentado concentrar mis pensamientos en algo que me hiciera soñar con visiones hermosas, aquellos relámpagos de color y magia que hacen que uno verdaderamente disfrute estar durmiendo. Al principio pensé en Buenos Aires: maravillosa ciudad de próceres convertidos en nombres de calle, presidentes dirigiendo las líneas de los trenes que me mecían de casa suburbana a Retiro tumultuoso, el misticismo de desvanecerse en un ritual que jamás es el mismo. De fondo, alguna canción centrada en la hermosura de lo terrible que es la ciudad, soñar con todos los grandes escritores y escritoras paseando por las plazas, y así sucesivamente hasta quedar dormida. Soñar con Buenos Aires.

Pero la canción se desdobló y convirtióse en una suerte de chacarera, o alguna mezcla extraña de chamamé con malambo, y así recordé sin mayor preámbulo que estaba durmiendo en el cen-

tro de una habitación en la casa de campo de mi padre, que dejaba encendida la radio de AM durante toda la noche por un motivo que yo misma pude apreciar en aquel momento: es hermoso el sonido de la voz humana. El sonido de una locutora alcanzaba mis oídos adormecidos como una especie de chillido detrás de dos puertas cerradas. Creo que comencé a golpear mi puño contra la almohada, acto de protesta contra mi insomnio que obviamente no serviría de nada en lo más mínimo. ¿Hace cuánto me acosté? ¿Qué hora será? Recordé mi reloj de Buenos Aires, brillando sus cuatro números rojos digitales para anunciarle como una amenaza que sería mejor que volviera a dormirme o de lo contrario tendría los párpados caídos y el bostezo apurado durante el resto del día. Pero ni una luz alumbraba las cuatro paredes de la habitación, a pesar de que podía solucionar eso con solamente estirar mi mano hacia la lámpara de pie.

No obstante, giré mi cabeza hacia atrás en un intento por observar el cielo. En Buenos Aires tenía la costumbre de dormir con la persiana americana abierta para poder contemplar el cielo prolijamente estrellado de la noche porteña, o si no las nubes rosas que generalmente auguraban que al día siguiente caería un tremendo chaparrón; pero siempre las damas de noche (encantadoras florcitas blancas prendidas a sus delicadas hermanas, las hojas) parecía vigilar mi sueño como custodias a mi imaginación. Ahora no veía el cielo, ni los faroles de la calle suburbana, pero la oscuridad no estaba sola.

¿Hace cuánto me acosté? Pero más importante que aquella pregunta era una que emitía cosquilleos fríos por mi interior, sintiendo mi espina dorsal como si no existiera piel en mi cuerpo. Me encontraba tensa, dura, los músculos contraídos con tanta exageración que ya no podía sentirlos, como si estuviera zamarreada por una dura soga de arpilla que me inmovilizó enteramente, salvo mis párpados. Sí; recuerdo que mis párpados estaban abiertos contra su voluntad, y yo imaginaba la blancura de mis ojos como dos faroles que luchaban contra la espesa oscuridad, afuera y adentro, la oscuridad del descampado. El campo, un lugar acogedor durante el día, algo que me renaba la conciencia de que Buenos Aires no es más que un gran barrio de veredas públicas. Pero aquí en el campo es diferente.

Comencé a pensar en el campo como para no

enfrentar esa terrible pregunta que sin duda me estrangularía los sentidos en un arrugado temblor de miedo. Es desprotegido el campo, son sus sonidos intrusos de afuera y adentro. Un rasguño proveniente del tejado (¿murciélagos?, ¿pájaros? Oh, por dioses...) me hizo girar el cuello, el miembro que aún respondía a mi cerebro. Tal vez la tierra no quiere continuar el ciclo eterno de encuadradas siembras y cosechas, pensé; es como si la naturaleza tuviera fecha de entrega. El campo, hermoso de día, con sus vientos y sus eucaliptos y el berreo de las ovejas y los pastizales como olas sobre el suelo. El campo, pasión patriota, símbolo de esperanza y eternidad, fuente de felicidad y desamparo, pero fuente en fin. El campo (ahora mi cerebro había comenzado a apaciguar sus temores, pensando en la belleza bajo el Sol), fertilidad Pampeana decorada de cercos, árboles, arroyos minuciosos, carteles con flechas que apuntan hacia arriba, a la derecha, a la izquierda. El campo... suspiré, y llené mi imaginación de hermosos pensamientos de todas partes, para el desamparo de estar en un colchón en medio de una habitación y no tener una pared contra la cama.

No sabría en qué extraña posición mi cuerpo estaría al comenzar a hundirse en la profundidad del sueño, pero se sentía entrecruzado, retorcido, tieso como una madera, paralizado. Duérmete, duérmete, duérmete. Mi respiración comenzaba a tranquilizarse, pero respiraba por la boca, como si mi nariz no me diera el aire suficiente para mantener mis pulmones nutridos de vida. Comencé a sentir un dolor en la garganta. Aquella amigdala izquierda siempre me traía problemas, pues yo no era de manifestar mis malestares internos, más bien mantenía una postura estoica en cuanto a todo lo que me ocurría. Los pensamientos desagradables, secretos, inconvenionales, hasta perversos habían venido a mí manifestando su presencia en la maldita amigdala izquierda. Ahora sí que sería difícil volver a encontrar el sueño.

¿Debería levantarme? ¿Encender la luz, darme cuenta de que mi imaginación se fugó en la tenebrosidad de la oscuridad de una habitación desconocida? Siempre tuve imaginación, siempre tuve miedo, pero no siempre iban de la mano. ¿En qué debo pensar para dormirme?

De pronto, como un estallido en mi espina dorsal, como un farol alumbrando la caverna de

mi parálisis, como un aullido en el silencio que cubría a la lejana locutora del cuarto de mi padre, recordé los eventos del día. Fueron visiones ajenas a la ciudad, terriblemente distanciadas de esta habitación (ahora sin paredes), de personajes diurnamente familiares. Recordé los ojos achinados y arrugados en la piel húmeda de Kika Lincoln, mujer de personalidad fuerte como una torre, vecina de mi padre en las cercanías de estos campos, pues en el campo son todos vecinos. Su nombre era apodo que resumía bien su sobresaliente confianza en sí misma, en su familia, en su tremenda casa de campo que yo había conocido por primera vez aquel día. Su apellido desde ya redundaba casi intencionalmente en la raza ovina y a la vez se destacaba en recordar la proveniencia de tantos habitantes del sur de la provincia. Inmigrantes, eran todos inmigrantes, rubios y de ojos azulados que podían bien ser una desentonación con el estereotipo del gaucho criollo o una pintoresca llamada a la realidad de tantos engañados de Europa que creían en la promesa de la Argentina a principios de siglo, para luego enfrentarse con vientos, pobreza y un trabajo casi esclavizante.

Con fascinación entremezclada como la sangre ya argentina de estos gringos, recorrió con asombro y alegría la casa de campo de los Lincoln, una elegía a la historia del campo. El estilo colonial de aquella casa tenía paredes pintadas de un fuerte rosa como las azaleas, y se jactaba de galerías y patios como un escenario de cautelosa belleza austera tan propia del campo. El interior de la casa era una suerte de laberinto que Kika me mostró con orgullo y desinterés, las paredes caídas recubiertas de dibujos encuadrados que expresaban las escenas más populares del *Martín Fierro* en raspones de tinta china negra sobre papel avejentado en amarillo. El estrecho pasillo se revolvía de viejas repisas que respiraban generaciones anteriores, y la infinidad de cuchillos, espadas, fustas, látigos, espuelas, guardas y demás símbolos de tierra argentina atrajeron mi imaginación como una soga tironeada desde mi pecho. Kika hacía hincapié en que todos estos objetos les pertenecían a los difuntos Lincoln, con una reiteración que comenzó a resultarme irritante, pero por otro lado los vecinos me habían comentado que Kika era una persona propicia a la irritación ajena. Se sabe lo vulnerables que somos ante los chismes populares y con qué facilidad los conver-

timos en verdades.

—Hace poco fue el cumpleaños de Chelo— me comentó con su mirada autoritaria. —¿Querés un pedazo de torta?—

Le dije que sí, más por buena educación que otra cosa, pues mi estómago no sentía el más mínimo hambre. Me guió a la cocina, un enjambre de ollas, cucharas, porcelanas, macetas, ventanas enredados, tenedores, sartenes y demás. La gran mesa de madera pesada ocupaba la mayor parte de la cocina, y en la cabecera se sentaba Chelo Lincoln, hombre de ojos claros y pelo oscuro rayados de blancura, quien siempre demostraba gran serenidad ante la dominante presencia de su esposa, algo que era una cómica antagonía de parejas. También él tenía el rostro arrugado por la edad, pero menos húmedo, pues venía de trabajar en el campo. Cebaba mate silenciosamente y siempre me preguntaba si quería seguir tomando antes de alcanzárme.

A su derecha, de espaldas a la ventana enrejada, la silueta redonda oscurecida por extrañeza que uno aprende a sentir ante los seres humanos con discapacidades, se sentaba Adolfo, el hijo adoptado de los Lincoln. Yo había conocido a Adolfo en casa de mi padre, cuando éste celebró su cumpleaños invitando a algunos de los vecinos a cenar. La primera vez que vi a Adolfo me pareció un ser extraño.

—Es que tiene una especie de síndrome de down— mi padre me explicaría más tarde.

Adolfo era silencioso, demasiado silencioso. Trabajaba con Chelo en el campo y no observaba nada concreto en ningún momento. Efectivamente, parecía estar más cómodo en su casa que en la de mi padre, sus ojos redondos y azules estrechados en un círculo perfecto, y aceptaba pasivamente los mates de Chelo. Adolfo era todo redondo, en realidad, desde su panza hasta su cabeza. Debería de tener más de veinte años ya, pero su lentitud mental por así llamarla se manifestaba en sus grandes labios apretados firmemente el uno sobre el otro en una especie de sonrisa lejana y en los hombros encorvados hacia delante pero la espalda derechita contra el respaldo de la silla. Se nos enseña que no debemos apuntar, pues es maldecido, e inmediatamente creemos que todo lo que lama la atención, lo que queremos apuntar, no debe causarnos una alevosa fascinación.

Yo no había tomado asiento, nuevamente más por buena educación que por otra cosa, hasta que

Kika tomó el respaldo de una de las sillas y la empujó hacia atrás casi violentamente.

—Sentate —me dijo como si fuera lo más natural del mundo y apoyó un plato y un tenedor en frente mío bruscamente. —Tomá. No la hice yo porque no tuve tiempo. Lo hizo la chica que viene a limpiar. Aparentemente es muy buena cocinera.

Inmediatamente me arrepentí de haber accedido a la torta. Si bien se veía tentadora, estaba cubierta de chocolate y en el centro de la esponjosa vainilla había trozos de durazno. No es una combinación que me apetece, pero nuevamente los modales me obligaron a tomar el tenedor en la mano y delicadamente comenzar a escoger trozos de torta. Kika desapareció en silencio, e intenté hacer una suerte de conversación con Chelo, quien naturalmente me preguntaba lo típico y cotidiano acerca de la vida de los jóvenes en la gran ciudad, al son de la sonrisa plastificada en el rostro redondo de Adolfo. Podía oír a Kika removiendo cajones y puertas de placard en algún lugar de la laberíntica casa. Apareció en la cocina con sus ríos de satisfacción sosteniendo una gran pila de hojas.

—Mirá esto —me dijo. Son fotos viejas de la familia de Chelo apenas llegaron. Recién empezaban a acostumbrarse a vivir acá. Las encontré hace poco, miralas.

Apoyó la pila de cartón sobre la mesa con un seco ruido y una nubecilla inverosímil de polvo. Era la excusa perfecta para no continuar luchando con la torta. Dejé el plato de porcelana a un costado y tomé los papeles de duro cartón negro. En el instante que puse los ojos en aquellos retratos, la vejez se manifestó entre mis manos. La eternidad de fotos pegadas hace muchísimos años sobre este cartón parecían estar replegando su esencia dentro de mis ojos, dilatando mis pupilas tal vez, pero en definitiva ensordeciendo mis oídos. Sé que Kika también exploraba aquellas fotos en sepia y blanco y negro, desgastadas por la humedad de algún placard de reliquia Lincoln, y las comentaba con Chelo como si Adolfo no estuviera allí, su voz alegre como los pajarillos entre las viñas de la galería.

—¡Mirá a tu madre con un rifle en la mano! Esto no se ve seguido.

—Mi madre era muy hermosa, sí.

—Y mirá esto! Está roto acá. Me pregunto por qué será...

—Tal vez a alguien no le gustó como salió.

De vez en cuando yo levantaba la mirada y comentaba algún hecho pintoresco al que me remitían las fotos, pero la realidad es que mis sentidos se habían inundado de una espeluznante alienación en el tiempo. Observaba los rostros pálidos, rostros muertos, rostros enterrados en algún cementerio de campo, rostros que habían llegado desde Europa y sostenían rifles, fumaban cigarrillos, posaban para el fotógrafo. Había bebés llorando sobre toallas cuadrículadas, niñas gorditas de peinados extraños en faldas y vestidos de época, autos como los que desfilan por la Avenida Libertador los domingos, hombres alineados sobre los puentecillos de ruta, sonriendo en satisfacción casi todos, como si no hubiera problemas con los vientos, la pobreza y el trabajo casi esclavizante. Los rostros estrechados de felicidad que me observaban desde las fotos, riéndose en sepia, sonriendo en blanco y negro, eran los mismos que habían dejado atrás todos aquellos muebles que adornaban el pasillo angosto, los cuchillos y espadas y la rosa azalea de las galerías.

Ahora me saludaban, me guiñaban un ojo, me recordaban como una gran condecoración al tiempo que yo estaba muy viva y ellos bien muertos. Hasta me parecía poder oír sus risotadas, sentir el viento que arrugaba las faldas, oler el humo del cigarrillo que largaba el mismo señor en la misma foto. No quería siquiera preguntarles a los Lincoln quién era quién, pues para el caso daba exactamente lo mismo. Ellos se habían sacado una foto en el lugar donde yo ahora me sentaba, pero mis pulmones continuaban respirando y ellos solamente podían existir como fantasmas de reliquia, como fotos avejentadas.

—Sí, hermosa era. Un juez una vez se enamoró de mi madre. Le dijo que fuera a hacerle una denuncia cuando quisiera.

—Ya sé, me habías contado esa historia una vez. ¡Mirá acá la cosecha! Cosa extraña, ¿no? Y los autos, bueno, eso ya es más común.

Hablaban, desde lejos los Lincoln hablaban. Miré de reojo a Adolfo, sin querer parecer como si me fascinara su lentitud; y la respiración se me atragantó en la garganta. Sus ojos estaban tan lejanos como las voces de los Lincoln, y sus gorditos puños redondos sujetaban con fuerza el borde de la mesa, blanqueando sus nudillos y escondiendo sus pulgares. La sonrisa siempre

plastificada en su rostro ahora era una gruesa línea sombría, los labios apretados en una sumisa reflexión aterradora que solamente él comprendía.

Volví rápidamente mis ojos a las fotografías, pues no quería parecer como apuntando a la extrañeza de Adolfo con mi mirada. El hombre siempre fumaba en las fotos, la madre de Chelo siempre exaltaba su belleza y sus hermanas, supongo, se agrupaban alrededor como quien sabe que está en la sombra de la mayor de todas. Una de ellas me miró, y pude ver su sonrisa pícara, los ojos achinados y mucho diente blanco. Por algún motivo pensé que ella era parecida a mí, estrechando una suerte de alegría inverosímil cuando el fotógrafo pedía a todos que sonrieran.

¡Cuántas veces habría yo sonreído con la misma travesura interna de saber que mi esencia no tenía ganas de plastificar alegría en un libro de fotos! Con qué facilidad uno se amolda a la prisión de una fotografía con la intención de dejar atrás un recuerdo de alegría, de felicidad, de sensación de bienestar dentro de la cárcel de trascendencia en imagen!

—¿Otro mate?

Chelo me miraba con sus ojos azules, Kika con los suyos marrones y Adolfo no había quitado su mirada de alguna imagen lejana para mí pero muy cerca suyo. Tuve que pensar en las generaciones de Lincoln que tal vez encontrarían fotos húmedas de Chelo y Kika y Adolfo dentro de un placard que será reliquia para siempre.

Ahora me retorcía en la cama, oyendo como algo lejano las vueltas de las páginas de cartón negro que alojaban todas las fotos. Volví a ver a aquella hermana traviesa, y de pronto escuché como se dilataba la voz de la locutora, se transformaba en insomnio, en oscuridad, en risitas escondidas. Mi cuerpo estaba como si yo también hubiera muerto, frío como si estuviera en ese mundo y no en el que creía mío, el pecho hundido como si fuera solamente esqueleto, y una presencia de picardía se manifestó en mi habitación antes de que yo pudiera comprender con un grito silenciado por qué Adolfo había dejado de sonreír.

Florencia Srodek Hart

Segunda Mención

POESÍA

NIVEL MEDIO

CENIZAS, SÓLO CENIZAS...

A veces me siento atrapada de cuatro paredes grises,
Sin puertas ni ventanas,
Sólo yo y mi angustia.

Camino en círculos,
Como un felino desesperado por salir de su jaula,
Pero nada consigo...

Por más que grite, llore, patalee o golpee...
No consigo nada, nada aparece.
Entonces me agoto y me siento en una esquina,
Y observo cómo los recuerdos maltratan mi alma
Y azotan mi corazón una y otra vez.

Pantallazos de furia, tristeza, dolor, miedo y decepción
Golpean mi rostro
Y me cortan como un viento furioso.

Tomo del piso una sustancia gris, perdida,
Pocas veces encontrada, cenizas de ángeles ya muertos,
Polvo de mi sangre.
Lo que antes fue un cuerpo.

Me miro.
Delante tengo un espejo formado,
En el suelo, por mis lágrimas plateadas,

Me veo deshecha,
Ya no soy la misma,
Mis alas rotas y quebradas se apoyan en mi espalda.

Miro mis manos
Y descubro de Nuevo cenizas de seres que fueron.

Un recuerdo me azota y me quiebra,
Un río con flores flotando y de allí mis cenizas irse con el agua.

Ahora solo ellas habitan en mi memoria.
Sólo en mi memoria...
Miro el espejo plateado que formé,
Miro mis ojos y me siento morir nuevamente,

Me veo sola,
Perdida en un mar inmenso de angustias,
Náufrago en mis propios ojos.

Ya no me molestaría morir
En una noche de azotes como ésta, simplemente como ésta.

Me perdió, me da miedo, sueño con salir de este cuarto.
Veo de Nuevo mi entorno y no veo nada,
Nada más que un reflejo.

El reflejo de un ángel caído,
Con sus alas rotas,
Sentado en una esquina con su cara cortada, su cuerpo lastimado,
Sus ojos inundados en recuerdos; y en sus manos cenizas, sólo cenizas...

A veces sueño con noches doradas, y las recuerdo felices como eran.
Me he quedado sola, sin nadie,
Sólo yo y mi reflejo, y en mis manos cenizas, sólo cenizas...

Esas...

Que me mantienen atrapada en este universo paralelo,
En donde mi voz no suena,
Mi sonrisa se esconde
Y mi angustia aumenta.

Maria Alejandra Tardito Comas
Primer Premio

EN SILENCIO

Aunque mis palabras nunca lleguen a tus oídos.
Aunque nunca mis caricias tengan el premio de tus besos
yo igual te quiero.
Te quiero en silencio
como quieren los que sufren
en silencio
y benditas sean las horas que me traen tus recuerdos.
Cuando solo en las noches sin mirarte te veo.
En ese viaje inalcanzable
que se llama pensamiento
que te busca en todas partes para cubrirte de besos.
Porque tú me has enseñado a quererte desde lejos
con los ojos
y con el alma
sin palabras y en silencio.

Silvina Alejandra Politano
Primera Mención

¿INDIFERENCIA?

Indiferencia que es tal indiferencia,
Ya que mis revoltosos mares no irrumpen,
Y mi débil piedra fuerte no quiebra,
Y una indeseable sangre de insensibilidad
Fluye imparable por mis gruesas venas.

Opacos ojos oscuros que no lloran.
Bolillas de tormentosos mares revueltos,
Donde verdes olas saladas estrechan sus brazos
Sin poder alcanzar a lo lejos las duras rocas grises.

Irrompible corazón de piedra,
Impermeable al agua, al viento resistente.
Se traslada por las feroces aguas azules sin lastimarse
Mientras es golpeada por otras rocas en su camino.

Indiferencia que no es tal indiferencia
¡Quiero explotar mis bolillas de cristal!
¡Quiero destruir mi duro corazón de piedra!
¡Quiero que las débiles aguas ablanden mi roca!
Para así poder llorar y mis mares irrumpir
Y para así finalmente poder realmente sentir.

Esta indiferencia que ya no es indiferencia,
Porque no puedo ver ni oír,
Ni gustar ni oler,
Y mis enredados cabellos no logran tocar el viento.
Pero bien dentro, yo siento que no siento.

Carolina M. Caprile
Segunda Mención

Un cuadro alrededor de un café maravilloso. El local hermosamente iluminado, con un ambiente agradable, donde se sentía como en casa. La noche era perfecta, el cielo era un colador de luces y en el centro la luna brillaba como un diamante.

Eran las 23:00 Hs. Nos dirigímos los cuatro de siempre a tomar un café. Como siempre el destino era el café de la esquina. La noche era perfecta, el cielo era un colador de luces y en el centro la luna brillaba como un diamante.

Era una reunión divertida, comentábamos nuestras experiencias laborales con mucho humor y la ironía que nos caracterizaba, me reía con ellos. Indiferente, en pasajes de la charla me perdía en el murmullo generalizado, parecía un coro de ángeles parloteando, pero yo tenía la certeza de que los que nos encontrábamos allí no éramos ni ángeles ni santos.

Este café, esta esquina fue la que elegimos para nuestros viernes. Todo me parecía maravilloso esta noche, en especial esta esquina, siempre me pareció fuera de este mundo, como aislada del tiempo y aunque parezca extraño nunca la vi de día porque mi trabajo me conducía invariablemente hacia otro lado.

Algunas personas jugaban al ajedrez, como los dos hombres que se ubicaban detrás nuestro, otros jugaban a las cartas y otros solo estaban allí.

Me volvía a perder en el murmullo general. Cuando volví a la mesa, como bajando del aire, escuché mientras me recostaba en la silla.

—Pero como no ser fatalista en este mundo de dios sin dios?

—Tenés razón! —dijo otro de los amigos que allí compartían la mesa.

Y otra vez me elevé pensando que yo también era fatalista y que no sabía si realmente creía en dios o en un diablo malvado lleno de rencor.

—Sabés que si, soy tan fatalista que creo que el diablo ya le ganó a dios —comentó uno de mis amigos con ironía.

Mientras escuchaba esos comentarios, que me llenaban de confusión, me recostaba aun más so-

bre la silla, echando mi cabeza hacia atrás.

—Pero yo no quiero más esto... es muy duro

este trabajo, todos me odian y todos me hacen responsables de sus propios errores y flaquezas — escuché sin querer a los ajedrecistas de atrás que mantenían una conversación mientras jugaban, me intrigó e intenté seguir escuchando.

—Lo sé amigo, lo sé... pero no podés abandonarme ahora que hemos logrado tanto —le decía el otro calmadamente.

—Pero lo hemos hecho, hemos logrado algo? —dijo con voz apesadumbrada.

—Piensa en esto como en un cuadro que aun no terminamos de pintar, que siempre supiste lo que querías lograr con él pero no sabías como pintarlo, como poder plasmar en él lo que sientes... entonces te equivocas y aprendes de ello... te perfeccionas —le explicaba.

—Pero a este le falta por pintar o por colorear? —preguntaba intrigado y ansioso.

—No, está a medio colorear pero necesito tu ayuda para poder verlo perfecto.

Me sorprendí tanto que no pude más que darme la vuelta y verlos. Cuando observé al primero el corazón me golpeaba en el pecho, queriéndose escapar. Era de barbas largas y blancas, pelo largo y ondulado con un color tan blanco que resaltaba de pureza, el otro se dio cuenta que lo estaba observando atentamente, giró y me miró fijamente a los ojos, su mirada fue más que profunda, fue infinita. No imaginé que el hombre hubiera tenido una madre, tampoco lo imaginaba caminando por la calle ni siquiera caminando con preocupaciones ni enojo en su vida.

El me sonrió, yo le respondí con una temblorosa sonrisa, me distraje de su mirada el compañero al mover un peón. Lo vi, era otro hombre de una contextura mayor a la del anterior de barbas, además este usaba bigotes que a propósito eran grises. En su mirada encontré la misma forma

CUENTO

NIVEL MEDIO

EL CUADRO

cautivadora de observar, tan eterna, pero en él veía un hombre muy preocupado y sufrido, tal vez por su trabajo, tal vez alguna mala dedicación, no se, no logro imaginar.

No podía dejar de pensar en lo que hablaba o que hacían allí realmente, lo que sabía con certeza es que eran muy amigos y realmente se necesitaban mutuamente.

—¿Qué haces? —me dijo uno de mis amigos.

—Eh? nada... no sé en qué estaba pensando.

—¿Querías pedirle algo al mozo? No lo veo hace bastante, ahora que lo pienso.

—No, no quiero nada —quedé como un tonto lunático.

En el momento en que me sentaba, diría medio segundo... eso es lo que hay entre estar parado y sentado. Eché un vistazo al café mirando las mesas que nos rodeaban, todas y cada una de las personas que estaban en la esquina, fuera de nuestra mesa, se movían con una delicadeza especial, tenían la misma bondad en sus ojos que los viejos jugadores, sonreían de la misma manera y de repente me pareció que el murmullo era melódico y que es probable que necesitara descansar porque hacía mucho tiempo que estaba allí, tal vez hora...

—Mejor me voy muchachos —les dije.

—Si nosotros también —contestaron los tres y allí nos despedimos.

Me levanté y esquivando las mesas pasé junto a los ancianos ajedrecistas que seguían enfrascados en su plan, que parecía una batalla sin sangre ni heridos, nadie a su alrededor los miraba pero todos sabían de su juego. Al pasar me impregnó un perfume indescriptible que me embriagó.

Caminaba hacia mi casa pensando en la extraña pareja de ajedrecistas y una persistente fragancia me acompañaba, pensé en la pintura de la que hablaban, me la imaginé inconclusa y a los dos jugadores tratando de completarla, equivocándose y acertando en sus jugadas, pero los dos aprendiendo de sus errores.

Llegué a la puerta y el cansancio me nubló la vista. Entré y la oscuridad me envolvió de una sensación de añoranza por las luces de mi esquina. Entre al cuarto, me acosté y entre las tinieblas divisé el reloj.

Eran las 23:10 hs.

Francisco Nicolás González
Primer Premio

EL LLAMADO DE UN ÁNGEL

Siempre suelo decir que hasta la última hora del día tengo que tratar de encontrarme bien, en mí mantener un buen humor. Pero ahora me encuentro tan cansada, menos mal que el asiento de este colectivo es confortable, tentador para descansar mientras viajo. En este momento podría mirar el paisaje, pero me quedaría dormida. Aunque lo observo muy atentamente, en él hay pequeñas historias y mientras el sol muy delicadamente me acaricia el rostro, siento la famosa sensación de sentirme tan natural. Es un gran privilegio poseer esta plenitud. Pero siempre llega el tropezón, como ahora que el colectivo se detiene tan bruscamente para que pueda subir... una nena, de más o menos ocho o nueve años, pero ¿soy la única que no le sorprende que una chica tan pequeña suba al colectivo sola? Encima me está mirando mientras me sonríe y se sienta junto a mí. Pero su aroma es tan dulce y lo más extraño es que siento algo especial, como si la conociera. Su presencia me tranquiliza, no se de qué, pero siento que me llena de energía. Se levanta de su asiento, dirige su mirada profunda hacia mí y me entrega un papel. Mientras sonríe se aleja de mi lado. Pero no entiendo por qué me habrá entregado este papel, qué dirá... «Resiste, no te dejes derrumbar por el destino».

¿Por qué me entregaría este mensaje? Mi celular está sonando.

—Hola. Sí, soy yo. Sí, ella es mi madre. ¿Por qué? ¿Qué sucede con mi madre? ¿Falleció?

Analía Verónica Pérez
Primer Mención

EL MENSAJE DE LAS OLAS

El mar rugía furioso aquella noche de otoño. Ya había pasado la hora de comer, y Benjamín, desde su alcoba, observaba las olas romper contra la costa. Su nariz pegada a la ventana empañaba con la cálida respiración el vidrio congelado por el aire marino. El viento era fuerte y junto con él volaban las últimas hojas secas de algunos árboles cercanos. La orilla se llenaba de espuma blanca y la arena se revolvía con cada arremetida. Parecían furiosos soldados embistiendo con el

enemigo. Uno a uno derramaban su sangre en el campo de batalla, y daban su vida por cumplir con una triste misión. Así veía Benjamín a cada una de las enormes olas que se acercaban desde el horizonte.

Y no era algo extraño que aquel muchacho de unos diecisiete años imaginara al mar como una cruenta guerra, como una batalla sin final. Su padre, se había marchado a la guerra muchos años atrás, y aún su retorno era una incógnita. Benjamín por lo tanto tenía un único deseo: que algún día su padre volviera en un barco tal como había prometido y que se quedara con él para siempre hasta el final de sus días, compartiendo las cosas que tal vez no habían compartido como padre e hijo durante su niñez.

El joven, no había conocido lo suficiente a su padre, y sin embargo lo amaba aún más que a su propia vida, recordando una a una, sus palabras de despedida: «Prometo que voy a volver contigo un día, no falta mucho, pronto me verás aquí otra vez. Y cuando regrese me voy a quedar para siempre y vamos a jugar juntos, a nadar todas las tardes en el mar. Te juro que te voy a llevar a pescar hasta internarnos en el medio de este gran océano y vamos a traer a casa el pez más grande que se encuentre nadando en las profundidades».

Estas habían sido las palabras de su papá pronunciadas suavemente pero con aires prometedores mientras apretaba su manito de apenas cinco años antes de partir en una nave con su uniforme verde militar. Benjamín lo había despedido llorando lágrimas infantiles, mientras su madre, sería pero con la vista perdida, lo rodeaba con sus brazos como tratando de protegerlo.

De esa forma Benjamín, aún desconociendo los peligros de la guerra y sus tristes consecuencias había vivido su vida con el anhelo de que algún día su padre habría vuelto trayer... o consigo la gloria y el honor de la batalla. Cada noche, el niño había mirado el mar, para ver si divisaba algún barco que le devolviera a lo que más quería en el mundo, aquello que una vez las olas se habían tragado con furia, y jamás le habían devuelto. Pero todas las noches el mar sólo había respondido con un triste lamento ventoso, y en consecuencia, solo le había quedado rezarle a su Dios, implorándole que por favor no lo dejara solo, que necesitaba a aquel ser como a nadie más, y que no se lo llevara de la existencia.

Así pasaron, días, meses y años, en fin, mucho tiempo, que se tradujo en esperanza, porque el

niño con inocencia natural, soñaba cada noche con el regreso de su padre, que prácticamente se había convertido para él en su héroe. Y cada mañana despertaba consciente de que tenía una única razón para vivir; si esa razón era destruida, ya no habría vida posible que pudiera soportar. Pero el deseo de reencuentro aún ardía en su corazón, y cada minuto que transcurría era más fuerte. Él estaba seguro de que su padre jamás le habría mentido, y por lo tanto lo esperaba alegre y sin preocupaciones, deseando correr hacia sus brazos y apretarse fuerte en un gesto de reencuentro. Su madre, mientras tanto, no decía nada, sólo callaba; ese silencio inquietante hacía que Benjamín se preocupara a veces que sus ojos estuvieran pendientes de cada ola, de cada gota de agua que traía el mar hacia la orilla.

Aunque su vida era feliz, porque la promesa que le había hecho su padre, sellada con llanto y lealtad, era la promesa más sincera que había recibido en su corta existencia, sabía que quizás su padre había sufrido y que seguramente ya no sería el mismo si regresaba. Pero los años pasaban rápido y la soledad era aún mayor, tanto que a veces le hacía pensar si realmente había un sentido por el cual vivir. Lo único que lo mantenía vivo era su esperanza, su anhelo deslumbrante.

El niño ya no era un niño, los años lo habían convertido en un joven de aspecto fuerte, con la madurez suficiente para comprender las cosas tal como eran. En la guerra pocas veces había ganadores, porque las perdidas siempre resultaban demasiado dolorosas. De chico había soñado con pelear alguna vez, con el honor de una batalla; ahora sabía que no había honor posible en una guerra, sólo muerte y destrucción. Quizás se hubiera mentido a sí mismo durante doce largos años, pero sin embargo, su vida había estado colmada de una esperanza infinita, que difícilmente alguien hubiera rechazado.

Un día, cumplidos los 18 años, cuando ya estaba preparado para afrontar los problemas que el mundo adulto le deparaba; su madre, aún silenciosa, llamó a Benjamín y lo llevó hasta la orilla de aquel océano azul. Era una noche de verano y una brisa fresca recorría los caminos del cielo. Había muchas estrellas brillando y la luna en cuarto menguante tenía un aro que la rodeaba, posiblemente llovería al día siguiente. Las olas eran fuertes y desgarradoras, simulaban quejas profundas hacia la eternidad. Pero fuera del ruido que producía el agua al chocar contra la costa, no ha-

bfa ningún otro sonido; esa noche el silencio era demasiado inquietante para el joven Benjamín, y temía que ese silencio pronto fuera roto por una fría daga cortante.

—No volverá —dijo su madre secamente.

Tal como pensaba el muchacho, las palabras de su madre habían caído de su boca para quebrar la infinita paz que reinaba en el lugar. Benjamín, no emitió sonido, sabía perfectamente a qué se refería, pero no tenía respuesta alguna, esa vez su corazón no encontraba realmente el camino para enviar las palabras a su boca. Un dolor punzante le invadía el alma. En ese momento llegó a preguntarse qué sentido había tenido realmente la larga espera.

—La guerra se lo llevó, hace 7 años. —continuó la mujer, sin cambiar el tono de voz. Evidentemente era una forma de mostrar tristeza. Sus ojos parecían vacíos, sin expresión alguna, pero en su interior estaba llena de una pena muy grande.

Benjamín no entendía realmente por qué su madre no le había dicho la verdad antes, se preguntaba por qué lo había dejado esperar como un ingenuo, cuando realmente no quedaban esperanzas.

—¿Por qué? —dijo el joven—. ¿Por qué me mentiste? ¿Por qué dejaste que la ilusión de niño viviera en mí si realmente Él jamás volvería?

—Míralas —dijo su madre señalando a las olas espumosas, que no paraban de explotar contra la orilla.

—Viviste tu vida adorándolas, mirándolas como las únicas que podían devolverte a tu Padre, como las únicas capaces de alimentar tu esperanza. —continuó—. Si mis palabras de verdad hubieran llegado hasta tus oídos hace siete años atrás, seguramente hubieras comenzado a mirar a las olas como crueles monstruos tragándose a tu ser más amado. El odio hacia ellas hubiera llenado tu corazón inútilmente. Quizás no lo entiendas ahora, quizás eres todavía muy joven; pero tu ilusión era tan grande que no me atreví a destruirla con palabras funestas como las que hoy estoy pronunciando. ¡Si sólo te hubieras visto, esperando cada noche que tu Padre volviera victorioso! ¡Mirando el mar como si fuera tu mejor amigo, el único que podría hacerte feliz! ¡Qué otra cosa te mantuvo vivo sino la dulce esperanza del reencuentro? ¡Qué otra cosa llenaba tu vida sino los recuerdos del pasado? No podía destruirte con

una frase, no me atrevía. Del rostro de la mujer caían unas gruesas lágrimas que se acumulaban en sus sonrojados pómulos. Era como si la tristeza interior guardada por años en un corazón frío hubiera explotado de golpe sin siquiera avisar.

Pero Benjamín por fin había entendido como eran las cosas en verdad, por fin había comprendido todo: las largas horas de espera frente al mar, el doloroso silencio de su madre, las palabras de su pobre padre antes de partir a la guerra.

Y en ese momento se sintió peor que nunca, se vio a sí mismo como el peor ser humano que podía habitar el mundo. Y no era por su padre, aunque el saber que no regresaría lo llenaba de un profundo sufrimiento; sino por su madre, quien después de todo había cuidado de él durante doce largos años con el cariño más profundo que una persona puede entregar, y a quien jamás había devuelto ni una milésima parte de todo ese amor. Su madre, quien con ese silencio había dedicado largas horas a su hijo, trabajando, alimentándolo y haciendo de él una mejor persona cada día, había estado realmente sola. Benjamín pensó entonces qué egoísta había sido al no darse cuenta de que su madre, era quien realmente lo necesitaba y a quien él realmente debía haber dedicado su tiempo.

No podía sostener esa situación, así que salió corriendo hacia la pequeña casa en donde vivían, con lágrimas que inundaban sus ojos pequeños. No quería mirar atrás, se sentía demasiado avergonzado como para volver a ver a su madre a los ojos. No mientras no pensara bien las cosas. Por eso corrió más que el viento y deseó encerrarse en su alcoba y no salir jamás.

Pero de repente, un imprevisto con el que él no contaba surgió prácticamente del aire, como si el destino intentara ponerle obstáculos para que dejara de ser tan cobarde y afrontara de una vez por todas la situación como debía. Benjamín, como insultado por un aire divino, tropezó con una piedra (cuya existencia ignoraba), y cayó ridículamente sobre la arena, rodando unos metros para abajo. Y allí se quedó tirado, esperando patéticamente como si alguien fuera a reírse de él. Pero evidentemente estaba solo, y las gaviotas fueron las únicas que, distraídas, emitieron algunos sonidos que se asemejaban a una burla.

Fue aquella tonta caída lo que lo hizo ponerse a pensar. ¿Por qué escapaba? ¿Qué era lo que realmente temía? No encontró en sí mismo una res-

puesta adecuada, o por lo menos lógica, a estas preguntas. Solo sabía perfectamente que se sentía muy apenado por lo que había hecho. Había amado y esperado con devoción a un ser que por supuesto lo merecía, pero que estaba muy lejos, e ignoraba por completo todo ese tiempo que él, Benjamín, gastaba esperándolo. No obstante, no había visto que junto a él había una gran persona, una mujer quien le había hecho el mejor regalo que podía poseer: la vida. Y sin embargo, era tan normal para él tenerla a su lado, compartiendo todos los momentos de su vida, que su presencia se había transformado en algo casi insignificante. Su madre, merecía verdaderamente todo el tiempo del mundo y aún más. Ella estaba efectivamente sola: la persona que había elegido para pasar cada uno de sus días se había marchado y simplemente había desaparecido, dejándole una gran tarea: cuidar y formar a un niño, brindándole el doble de amor, para que no se rindiera ante la falta de su padre.

La mujer, con cabellos rubios al viento y un vientre abultado en parte por la edad y no el tiempo no compartido, se acercaba lentamente caminando descalza sobre la arena fresca. Parecía que el tiempo hubiera retrocedido, su rostro que durante mucho tiempo había tenido pintada una expresión extraña, de frialdad tal vez, o de tristeza mostraba ahora una sonrisa joven, brillante y enternecedora. Sus ojos parecían haberse encendido en medio de la pesada oscuridad de aquel verano lejano, pues iluminaban sus bellas aunque gastadas facciones. Benjamín había notado el cambio, y se levantó decidido. De repente, todo pareció haberse iluminado con la luz plateada de la luna menguante. El mar se había calmado, las olas traían agua fresca pero ya no furiosamente, sino con sutileza. Ya no había nada a qué temer, nada por qué avergonzarse dentro de su alma. Y de esta forma, se lanzó a correr hasta aferrarse a los cálidos brazos de su madre.

—Perdóname, mamá. —dijo el chico sonriendo y a la vez llorando emocionadamente.

—No, perdóname tú —respondió la madre besándolo en la mejilla—. Fui demasiado egoísta todo este tiempo. Encerrada en un silencio que no tenía sentido, por la falta de tu padre. Lo necesitó mucho, lo reconozco. Por un momento pensé que estaba sola, que ya no tenía a nadie. Y sin embargo no estaba sola en absoluto. Tenía a la más hermosa compañía del mundo: mi hijo. Debí sa-

ber que tu papá nunca me abandonó. Al contrario, me dejó la parte más preciosa de él mismo para que no me perdiera en la soledad. Esa parte eres tú, que demuestras ser el ángel que me sostiene en sus brazos cada día.

Madre e hijo estuvieron abrazados mucho tiempo. Y ese abrazo era desgarrador, como si en un segundo hubiera llenado la falta de cariño que ambos habían tenido los doce años anteriores. Las olas se hallaban tranquilas, soñadoras; y Benjamín las miró. Por primera vez se sintió diferente ante ellas, porque comprendió que durante toda su vida las olas habían intentado darle un mensaje. Esta vez el mensaje era claro. Lo que habían querido enseñarle durante tanto tiempo era que no importaba como era su vida respecto de otras. Tal vez su padre no estaba, tal vez lo extrañaría, pero tenía a su lado a la mejor madre del mundo, y mientras ambos estuvieran solos, podrían sufrir y ser débiles. Las olas rugirían con furia entonces, recordándoles que debían estar juntos porque de esa forma no habría fuerza posible en el mundo que pudiera debilitarlos. Sólo así las olas se calmarían y el mar se vería tan bello como esa noche.

Ya nadie sabe el fin de esta historia lejana. No se sabe que ocurrió con Benjamín, tal vez creció y tomó su propio camino en la vida. Seguramente vivió feliz recordando el mar. O tal vez se fundió con el viento. Pero hay aún un recuerdo hermoso de Benjamín y su madre: las olas. El mar nos cuenta historias, las olas nos dicen cosas, no es difícil entenderlas, sólo hay que saber escucharlas.

Yésica Natalia Fera
Segunda Mención

